

Susana Zimmermann

Los Teatros de San Telmo - Laboratorio de Danza

Por Celina Hurtado

Argentina en la Danza n. 15-16, mayo-agosto, 1981 p. 24

Susana Zimmermann repone esta temporada su obra *Polymorphias*, estrenada en Buenos Aires hace más de diez años, y que en su momento significó una propuesta audaz y novedosa; marca asimismo, el retorno de esta creadora a nuestro medio, donde no se presentaba desde 1977. Para muchas obras el tiempo va deprisa y acusan rápidamente el paso de los años; reponerlas implica el riesgo de patentizar sus aspectos caducos. No sucede esto con *Polyhmorphias*, sino al contrario. Después de una década de experiencias, más o menos logradas, algunas permanentes y otras hoy totalmente olvidadas, lo mismo que sus creadores, la obra de Zimmermann vuelve a mostrar su vitalidad y su actualidad. Con su Laboratorio de Danza y Movimiento Creativo investiga desde 1965 las posibilidades del teatro total. Hay un intento de volver a las primitivas experiencias rituales de la danza, el círculo mágico y sagrado que nos pone en contacto con la totalidad del Universo, pero recreándolo con contenidos técnicos y temas contemporáneos.

El tema de *Polymorphias* es el hombre, siempre ansioso, desgarrado por contradicciones, tan pronto exultante como deprimido, perseguidor y perseguido, piadoso o cruel, víctima al par que victimario. No hay reproches ni dictámenes éticos surgidos del fariseísmo que se siente superior. Zimmermann muestra a la humanidad con respeto y hasta, diríamos, ternura, que hace comprensible y tolerable el propio tremendismo de algunas escenas, apoyadas por una música incisiva y por momentos escalofriante, una de las creaciones más interesantes del estilo de Penderecki. El aspecto escénico no convencional del Teatro brinda un marco muy apropiado para el desplazamiento de las figuras, trepando o reptando como una masa de la que a veces emergen individualidades que son luego sofocadas, para volver a reaparecer en una especie de movimiento sin fin. La estructura metálica desarmable y una lograda iluminación (realizada la primera por ADANET y Merzari-Zimmermann recrean una atmósfera fantástica, surrealista, que puede evocar tanto un campo de concentración como el infierno sartreano.

En la Primera parte se destacan los solistas Cristina Rosin y Adolfo Marcos, muy expresivos; en la Segunda, Annie Passalacqua, que vuelva en movimientos fluidos y precisos las secuencias dancísticas correspondientes a varios textos claves de la literatura universal, desde la Biblia (el Apocalipsis) hasta Valéry y Rosewicz. La Tercera, con Anna Diliniannis y Víctor Valdemoros, como solistas, es el Diez Irae del oratorio dedicado a la memoria de las víctimas de Auschwitz. Pero Zimmermann no se limita a una evocación "histórica": la crueldad humana es un componente demuestra existencia, su superación por el arte y la comunicación individual es una tarea que nos incumbe a todos. Ese es el sentido, más profundo que el efecto teatral, del acercamiento de los bailarines al público para ofrecer y dar sus manos. Idea ésta que, por haberse repetido sin suficiente fundamento, ha perdido el sentido que tuvo en los que la lanzaron primero.

La expresión dancística y teatral es un género difícil para el creador, y también para el intérprete, aunque de una exigencia distinta a la del virtuosismo técnico. El creador debe tener ideas muy claras sobre lo que quiere hacer y la capacidad de desarrollarlas en forma coherente, y a la vez plástica. De lo contrario el público sólo aprecia movimientos incomprensibles y a lo más llega a suponer contenidos esotéricos de cuya participación es privado por el creador, avaro en dar la clave interpretativa. En todo caso se despierta cansancio o fastidio. Y si el intérprete no está consubstanciado con el trabajo creativo, no será convincente y dará la impresión de no saber para qué está en escena. He visto una considerable cantidad de obras que caen en estos defectos, y el peligro no es imaginario ni remoto. Zimmermann saber sortear, como creadora y directora, ambos peligros. Su obra se ve con creciente interés, logra un clímax, nos angustia con su muestra, pero también nos facilita la catarsis, el lavado de la "culpa" a través del reencuentro con el otro, la reconciliación. Yendo más allá de la danza pura, se vuelve a lo que fue su origen: un acto esencialmente comunitario.